

## Isidro Fabela, revisión de una biografía

Marcela Dávalos\*

*Resumen:* El presente trabajo presenta la biografía del abogado, escritor y político mexicano, Isidro Fabela, quien fue testigo y actor del primer periodo de la Revolución mexicana. Como estudiante apoyó las actividades del Ateneo de la Juventud, así como a los movimientos maderista y carrancista. Éstos lo llevaron a poner en práctica sus estudios de jurisprudencia a favor de las causas revolucionarias: desde su denuncia sobre la cárcel de Belem hasta la defensa de México en el mundo diplomático, se distinguió por sus posturas radicales. El texto muestra rasgos de una biografía intensa y entregada que propone revisar el uso historiográfico de un personaje que ha sido empleado para funciones sociales que no siempre corresponden a lo que Fabela representó en vida.

*Palabras clave:* Isidro Fabela, Atlacomulco, Ateneo de la Juventud, diplomacia, política nacional.

*Abstract:* This article offers an overview of Isidro Fabela's life as a Mexican lawyer, writer, and politician, who witnessed and participated in the early years of the Mexican Revolution. As a student, Fabela supported the *Ateneo de la Juventud*, as well as the movements spearheaded by Francisco Madero and Venustiano Carranza (Constitutionalism). He contributed to revolutionary causes with his legal expertise from his condemnation of Belén Prison to his defense of Mexico in international diplomacy, in which he stood out for his radical positions. This text reveals a biography of an intense dedicated figure to advocate the historiographical approach to an individual who has been cited for social functions that did not always correspond to what Fabela represented in life.

*Keywords:* Isidro Fabela, Atlacomulco, Ateneo de la Juventud (Youth Athenaeum), diplomacy, Mexican politics.

Fecha de recepción: 16 de febrero de 2015  
Fecha de aprobación: 28 de mayo de 2015

Cuando Isidro Fabela nació, Atlacomulco era un poblado en el que vivían menos de mil familias. Las torres de la parroquia de Santa María de Guadalupe no sólo dejaban ver los tres siglos que la iglesia llevaba a cuestas, sino también las copas de los oyameles y cedros que todavía humedecían sus raíces en aquellas tierras del Estado de México. La trilla y la ordeña acompañaron a Isidro hasta los ocho años. Después de correr entre milpas, trepar árboles y com-

partir juegos con los mismos niños que, sin saberlo, serían sus acompañantes de la vida, se vio rodeado de un paisaje urbano. Cuando su familia decidió dejar la hacienda El Salto para mudarse a la Ciudad de México, las campanas y la cúpula barroca fueron sustituidas por multitudes bulliciosas que circulaban en calles empedradas.

En 1890 sus recorridos fueron sobre las calzadas de Tacuba, Regina o Empedradillo. Ir de su nueva casa, ubicada en Santa María la Ribera, a la Escuela Primaria Anexa a la Normal

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

de Maestros,<sup>1</sup> despertó en él otras imaginaciones. De la calle Álamo al antiguo convento de Santa Teresa, donde lo esperaban los pupitres de madera, ideaba cómo podría haber sido la antigua ciudad de Tenochtitlán. Y aunque pasó de las cañadas al vociferante trajín que llevaba y traía toda clase de mercaderías, gente y animales, Isidro parece haber hecho un pacto emocional con su pueblo natal: siempre lo llevaría en el corazón. Y así fue. Hasta el final de su vida, nunca dejó de escribir y aludir al paisaje que rodeó su casa materna. Alternando con la política internacional o con las discusiones de la época en torno a la nación, nunca dejó de lado su estilo romántico: “¡Pueblecito mío! ¿Por qué te quiero tanto? [...] Atlacomulco, rincón grato, tu nombre me suena al agua de riego que corre traviesa por los barbechos, tu nombre deslizante y suave Atla-Co-Mulco, me parece un poema de euforia”.<sup>2</sup> No fueron pocas las ocasiones en que narró cómo de niño escuchaba a su madre tocar el piano “con recogimiento religioso” a la luz de un quinqué, o verla seguir el ritmo de las campanas que “todas las mañanas daban los buenos días, rimando sus notas con el orquestrión de la pajarera hogareña y las risas cantarinas” de sus hermanos.<sup>3</sup>

Aunque desde entonces residió en la capital, cada vez que le fue posible regresó a aquel valle marcado por la iglesia, las ferias o la presencia frontal de los volcanes: “Desde lejos, la tierra en que nací, pareceme pintoresca como nunca; la torre de la parroquia, cual inmensa estatua blanca, semeja vigilar, sobre los tejados bermejos del caserío los solares fronteras y la lanada tendida al horizonte. El templo del Señor del Huerto ceniciento por aguaceros y soleados de tantos años...

<sup>1</sup> Ubicado en la calle de Licenciado Verdad. Cfr. José Clemente Orozco, *Autobiografía*, México, Planeta / Conaculta (Ronda de Clásicos Mexicanos), 2002, p. 11.

<sup>2</sup> Tomado de Isidro Fabela, *Pueblecito mío*, Toluca, Cuadernos del Estado de México, 1958.

<sup>3</sup> Isidro Fabela, “A mi pueblo natal”, en Mario Colín (recop. y notas), *Isidro Fabela un gobernante intelectual, 1942-1945*, México, Instituto Científico y Literario Autónomo del Estado de México, 1946, p. 99.

Apenas si de mis ojos expertos en buscarlo deja mirarse”.<sup>4</sup>

Su estilo narrativo y melancólico lo acompañó también cuando en 1895 entró a estudiar la preparatoria en el antiguo colegio jesuita de San Ildefonso. En el interior del plantel de “paredes con alma”, los estudiantes seguían el mismo plan de estudios que había sido elaborado por Gabino Barreda, el primer director de la escuela. Cada materia —partiendo de la premisa de que, para poder ser científico, todo hecho o situación debía ser comprobado y certificado por la experiencia—, seguía la filosofía de Augusto Comte. Durante esos años de preparatorio, Isidro ni siquiera supuso que poco tiempo después, al lado de varios de sus compañeros y amigos, polemizaría contra aquellos postulados positivistas.

Varios de esos colegas habían nacido también en Atlacomulco. Uno de ellos, Antonio Caso, “el filósofo de muerte prematura”, fue su vecino y cómplice desde la infancia; un colega que marcó su ruta. Isidro narra cómo desde párvulos y parte de la primaria fueron compañeros de juegos, hasta que Antonio “dejó esas aulas para asistir a la escuela particular del señor Pruneda”.<sup>5</sup> No obstante, años después, “la preparatoria y la jurisprudencia [los] unieron para siempre”.<sup>6</sup>

Aquella generación preparatoriana tuvo como profesor a Justo Sierra: “aquel varón corpulento”, de “blancos bigotes y barba” que llegaba “pausadamente, con majestad serena” provocando que los estudiantes se quedaran quietos y guardaran silencio “para verlo pasar”.<sup>7</sup> Antonio

<sup>4</sup> Citado por Francisco Mancisidor, “Don Isidro Fabela no forma parte del común de los mexicanos, es por sus actitudes y sus obras un patriota que ha llevado congénito un sentido humanista”, en *Velada Solemne al Lic. Isidro Fabela Alfaro. XLII Aniversario Luctuoso*, Estado de México, ICCLA / UAEM (Cuaderno Institucional Medio Siglo), 12 de agosto de 2006, p. 12.

<sup>5</sup> Era padre del doctor Alfonso Pruneda. Véase Isidro Fabela, “‘Autobiografía’ (reconstruida a partir de fragmentos escritos por el propio Isidro Fabela)”, en *Imágenes de la Revolución*, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994, p. 32.

<sup>6</sup> Isidro Fabela, *Maestros y amigos*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Departamento de Literatura, 1962, p. 53.

<sup>7</sup> *Ibidem*, pp. 9-10.

e Isidro eran inseparables, “solían merendar en la casa de la familia Caso, con un grupo de amigos con los que luego formaron el Ateneo de la Juventud. Entre ellos estaban Bravo Betancourt, José Vasconcelos o Alfonso Reyes, pero el amigo más querido de Isidro, como años después declaró su hermano Alfonso Caso, fue siempre Antonio”.<sup>8</sup>

Esto explica que, hacia 1948, Isidro estuviera abstraído en escribir la biografía de “su amigo del alma”, muerto tempranamente. Para ello conversó con cuantas personas le conocieron; con “Sarita”, la viuda de Antonio Caso, mantuvo una correspondencia tenaz intentando convencerla para que escribiera todo cuanto supiera de Antonio. Disculpándose, Sara Ortiz Tirado se eximió diciendo que “a pesar de haberlo conocido tanto”, ella no se sentía capaz de escribir sobre “la personalidad de Antonio”, ni aunque Isidro le había propuesto “facilitarle la tarea” con “un cuestionario” que ella podría ir “contestando lisa y llanamente, en estilo fácil, familiar, escribiendo lo que vaya recordando”. La curiosidad de Isidro respecto al tema no tuvo límites. Preguntó todo sobre Antonio. Desde sus gestos hasta sus gustos musicales, pasando por sus pintores preferidos o sus hábitos para leer y escribir.<sup>9</sup> Para subsanar su negativa, la viuda ofreció a cambio enviarle a Isidro Fabela los libros, escritos y objetos de su exmarido; fue así que escribió sobre Antonio Caso, sobre el hombre que, además de ser filósofo, había poseído una “personalidad poliédrica que quizá nadie conozca como usted y como yo”.<sup>10</sup>

Con todo eso, Isidro se propuso recuperar, a través de Mozart, Beethoven, Boticelli, Fra-Angélico, Heidegger y a cuantos autores refería su “buen amigo”, Antonio Caso. Leyó ávidamente

la novela en la que Antonio narraba la historia de su noviazgo y matrimonio con Sarita, y todo lo integró en ese texto catártico que refiere a la nostalgia y dolor que le causó aquella pérdida.<sup>11</sup>

Por las memorias de Fabela sabemos de algunos otros de los compañeros que compartieron salones de la Escuela Nacional Preparatoria. Con José Clemente Orozco —el “artista inmortal” al que aun años después de su muerte Isidro describió como “un niño tímido” —, nunca dejó de tener contacto. Clemente fue compañero suyo “en los años de la infancia cuando tanto él como yo, asistíamos a la Escuela Primaria anexa a la Normal. Ahí conocí a Clemente en unión de esos otros amigos dilectos que nunca se apartan de mi corazón ni de mi memoria [...] Otros fueron Alejandro Quijano, Gonzalo Herreras, Gustavo Sierra, Ildefonso Vargas”.<sup>12</sup>

Varios de ellos compartieron las mismas rebeldías; coincidieron en su desacato a un positivismo que mecanizaba la vida y expulsaba cualquier pensamiento emanado de la imaginación o la subjetividad. En los patios de San Ildefonso alimentaron juntos su indocilidad al escuchar a los defensores del humanismo: Alfonso Reyes, Jesús Urueta, Amado Nervo o Luis G. Urbina, solían leer en voz alta textos clásicos en los pasillos de aquel plantel de “paredes con alma”. Isidro quedó absorto cuando en el salón “El Generalito”, a finales de 1903, Jesús Urueta leyó *La Ilíada*, “con una elocuencia a la vez sobria e insinuante, nutrida de crítica y de ciencia moderna, espléndida por su belleza”.<sup>13</sup> En esos meses de “tertulias literarias”, Amado Nervo,

<sup>8</sup> Alfonso Caso, “Isidro Fabela”, en Baldomero Segura García, *Homenaje a Isidro Fabela*, México, UNAM, 1959, t. II, p. 139.

<sup>9</sup> Cfr. Archivo Histórico Isidro Fabela (en adelante, AHIF), IF\1.3-027, Correspondencia con Sara Ortiz Tirado, junio 9 de 1948, fs. 9-11.

<sup>10</sup> Esta correspondencia la sostuvieron a partir de 1948, cuando Isidro y su esposa estaban en Paix-La Haya, en Holanda, y él se desempeñaba en la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Cfr. AHIF, IF\1.3-027, Correspondencia con Sara Ortiz Tirado, mayo 3 de 1948, fs. 1-9.

<sup>11</sup> “No me prive usted Sarita de ese documento precioso y único y confié, se lo digo una vez más, con la seriedad y el respeto que me merece el idilio de usted y Antonio...”. Cfr. AHIF, IF\1.3-027, Correspondencia con Sara Ortiz Tirado, agosto 27 de 1948, fs. 39-40.

<sup>12</sup> Orozco o don Isidro menciona también a Ángel Zárraga; a Manuel González, el hijo de don Regino González, un famoso doctor cuya esposa doña Delfinita era amiga de la madre de Isidro; a Gustavo Silva o a Miguel Macedo, hijo del gran profesor penalista don Miguel S. Macedo, entre otros. AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, julio 18 de 1938, f. 16.

<sup>13</sup> José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, INEHRM, 1979, p. 36.

Luis G. Urbina y Urueta también leyeron *Agamenón*. Sus humanismos, apoyados por Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, los llevaron a impugnar que el olvido de las humanidades llevaría al caos.

Recién comenzado el siglo XX, mientras Isidro estudiaba leyes en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, afuera del plantel se gestaban, a fuego lento, una serie de clubes y asociaciones políticas contestatarias. Las protestas en contra de la desigualdad, pobreza, represión y despojo circulaban cada vez con mayor fuerza. Cuando él se tituló, a los veintiséis años,<sup>14</sup> tenía bien claros sus desacuerdos con el gobierno de Porfirio Díaz: rechazaba su autoritarismo y negaba su reelección.

Dos años después de recibirse, la Revolución estalló. Isidro había cumplido veintiocho, y participaba en las sesiones del Club Liberal Progresista, al tiempo que escribía en el periódico *La Verdad*, de carácter liberal y antirreleccionista. Tenía la atención puesta en proponer a Francisco I. Madero para presidente, por lo que se integró con los militantes del Ateneo de la Juventud que derivaba del “Grupo Preparatorio de 1900”, quienes exigían ser escuchados y tener presencia en el ámbito público. Ese movimiento, que incluía literatura, ética, historia, filosofía, etcétera, pretendía reconstruir el mundo. Desde Max Henríquez Ureña (el dominicano erudito que se casó con Isabel Lombardo Toledano) pasando por Alfonso Reyes (“el benjamín del Ateneo”),<sup>15</sup> hasta José Vasconcelos (quien años después haría de la educación una cruzada laica), Jesús T. Acevedo (quien fundó la Sociedad de Conferencias), Eduardo Colín (el “orfebre de la palabra” y “compañero inseparable” de Isidro mientras estudiaban derecho), hasta Alfonso Cravioto (abogado al que Porfirio Díaz encarceló junto a los hermanos Flores Magón), y otros tantos más, se congregaron para discutir y reflexionar sobre los nuevos valores

humanos, los sistemas políticos democráticos o la función del trabajo en libertad.<sup>16</sup>

Isidro asistió a “dos peñas literarias, una que se reunía en la casa de Pedro y de Max Henríquez Ureña” y la otra que se reunía en su casa [de Isidro] en “la calle de Santa María”. La iniciativa de hacer esas reuniones había sido, según Fabela, de Pedro Henríquez Ureña, quien en una ocasión citó a todos en su casa y desde entonces comenzaron a reunirse los sábados o los domingos. Se trataba de congregar a los “amantes de la literatura”, por lo que para organizar las sesiones nombraron a Ignacio Bravo Betancourt como presidente. “Los actos públicos se celebraron en el salón de Actos del Casino de Santa María de la Ribera que habíamos conseguido gratuitamente y que era el más cómodo porque buena parte de los ateneístas vivía en esa colonia”.<sup>17</sup>

Hacia la primera década del siglo XX la Ciudad de México sólo tenía medio millón de habitantes y Santa María la Ribera era una colonia que aún conservaba parte de las tierras que hasta 1860 habían pertenecido a la hacienda La Teja. Al igual que otros poblados al poniente de la capital, estaba comunicada con el centro a través de los trenes que salían directamente del Zócalo y llegaban a la Alameda de Santa María que resguardaba al Kiosko Morisco, de estructura octagonal, con arcos y columnas moras forjadas en hierro. La ciudad por la que caminaban

<sup>14</sup> Con la tesis “Excepciones dilatorias” o “Reforma al Código de Procedimientos Civiles”.

<sup>15</sup> Isidro Fabela, *op. cit.*, 1962, p. 86.

<sup>16</sup> En las Conferencias del Ateneo de la Juventud organizadas “para celebrar el primer centenario de la independencia de México”, en agosto de 1910, Isidro Fabela apareció registrado como “abogado, profesor de conferencias de historia del comercio en el Internado Nacional”. Al lado de los otros treinta y un socios numerarios, entre los que estaban Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Erasmo Castellanos Quinto, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Ricardo Gómez Robelo, Carlos González Peña, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Julio Torri o José Vasconcelos, entre otros, se anunciaban como socios de ese Ateneo que se fundó el 28 de octubre de 1909. *Cfr. Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, Callejón de Santa Inés, 1910. Una referencia clave para este punto *Cfr. Susana Quintanilla, Nosotros. La juventud del Ateneo de México*, México, Tusquets (Tiempo de Memoria), 2007.

<sup>17</sup> Isidro Fabela, “Autobiografía’...”, en *op. cit.*, p. 42.

los jóvenes del Ateneo apenas había dejado su molde colonial, con casas de una o dos plantas, con paredes de calicanto, patios centrales, zaguanes, caballerizas y servicios comunes que, vista desde el observatorio de Tacubaya, las hacía aparecer casi a ras de tierra. En esas calles envueltas de olores en las que los zopilotes aun rondaban entre las acequias devorando los desechos de materias orgánicas, comenzaban a reproducirse el ladrillo, las molduras, los vidrios grabados químicamente y los emplomados de colores; en ese escenario urbano, en el que desaparecían el calicanto y las lámparas de nabo, se gestaron las ideas revolucionarias.<sup>18</sup>

La ciudad en la que maduraron los estudiantes de la Escuela Nacional de Jurisprudencia alcanzó a ver cómo desaparecían costumbres ancestrales ante la palabra modernidad. Los jóvenes del Ateneo y partícipes de la Revolución reconocían la diferencia entre la iluminación producida con aceite de nabo y la de los focos eléctricos de bujías; ellos todavía alcanzaron a ver a los serenos encender cada noche los faroles de aguarrás o bien, experimentar cómo los tranvías eléctricos dejaron de lado a los tranvías de mulitas.<sup>19</sup>

En ese México a punto de olvidar las costumbres de los bisabuelos y tatarabuelos, surgieron esos pensadores críticos a la modernidad. En el mismo año de la Revolución, Isidro fungía como secretario de actas de las sesiones que bien podrían explicarse como concilios reflexivos en los que se estudiaba “la personalidad y la obra de pensadores y literatos hispano-americanos”. Él mismo impulsó la reedición de aquellas conferencias que habían sido “pronunciadas en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia” de la Universidad de México, “a las siete de la noche, los lunes 8, 15, 22 y 29 de agosto y 5 y 12 de septiembre”.<sup>20</sup>

Después de participar en varios círculos literarios, de haber apoyado el trabajo del Ateneo, de haber sido abogado en el despacho Cansino y Rivas, representante jurídico de la National Security Company de Nueva York y de Teléfonos Ericsson, en 1911 Isidro Fabela tomó el cargo de jefe de Defensores de Oficio en el Distrito Federal. Sus andanzas de ese periodo han sido una fuente documental primaria para conocer desde adentro a la antigua cárcel de Belem. Sus descripciones, que van del abandono de los pisos hasta la falta de sanitarios, pasando por “la pestilencia del aire” o el asco que daban los reclusos “en aquel pudridero humano”, además de hablarnos de una sociedad tradicional que apenas transitaba hacia el concepto de higiene, nos habla de la sensibilidad de Fabela ante la injusticia.<sup>21</sup>

Isidro escribió sobre ese sistema carcelario, “aquella vergüenza nacional”, que fue finalmente derrumbado para construir en su lugar una escuela. Por aquel entonces conoció a Francisco I. Madero. No pasó mucho tiempo entre el día que Isidro mantuvo una breve conversación con el presidente y el nombramiento que lo llevó a ser diputado y oficial mayor. Luego, a principios de 1913, Madero le solicitó ir a apoyar al gobernador de Chihuahua, Abraham González, sin imaginar que al aceptar el cargo estaba tomando una de las decisiones que cambiaría el rumbo de su vida.

Mientras Isidro impartía clases de Literatura e Historia de México en el Instituto Literario de aquel estado, “los rebeldes orozquistas” incendiaban, mataban y robaban a su antojo, sin que Chihuahua recibiera el apoyo de las fuerzas federales, que estaban bajo el mando de Victoriano Huerta. En esas condiciones, Abraham González le pidió a Fabela que fuera a la capital a solicitar ayuda de Madero.<sup>22</sup> En eso estaba Isidro, hospedado “en la casa de las columnas que está frontera al reloj de Bucareli”,

<sup>18</sup> José Rojas Garcidueñas, *op. cit.*, p. 18.

<sup>19</sup> Jesús Galindo y Villa, *Historia sumaria de la Ciudad de México*, México, Editorial Cultura, 1925.

<sup>20</sup> *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, Imprenta Lacaud, Callejón de Santa Inés, 1910.

<sup>21</sup> Isidro Fabela, “Mis memorias de la Revolución”, Biblioteca Isidro Fabela, *Obra histórica*, vol. XII, Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura, 1994., pp. 94-95.

<sup>22</sup> Isidro Fabela, “Autobiografía’...”, en *op. cit.*, p. 54.

cuando el 9 de febrero otro huésped llegó a despertarlo para informarle que los generales Bernardo Reyes, Félix Díaz y Manuel Mondragón habían atacado el Palacio Nacional. Isidro tomó de inmediato el tren que llevaba al pueblo de San Rafael, donde vivían unas tías suyas y, mientras se trasladaba, se enteró de que el presidente de la no reelección, el autor del libro *La sucesión presidencial*, a quien había conocido y admirado cuando despachaba en el Castillo de Chapultepec, había sido asesinado.

Fabela decidió regresar a México y tomar el curul que Madero le había designado antes de enviarlo a Chihuahua. Fue ahí, en el Salón Verde de la Cámara de Diputados donde se unió abiertamente a la oposición al defender la jornada de ocho horas y los descansos dominicales para los obreros, así como a alentar a los profesores y al grupo renovador. Fue ese 1 de mayo de 1913, cuando Isidro tenía treinta años, que se dio a conocer como orador e integrante de la Casa del Obrero Mundial. Ese parlamento trazó en buena medida su destino.

Desde las tribunas del Teatro Xicoténcatl acusó a Victoriano Huerta de dictador y responsable de los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. “Ese discurso —narró años después don Isidro— fue prácticamente un discurso suicida”, tan riesgoso, que cuando bajaron el telón, Isidro se vio “completamente solo” en el teatro. La única persona que no había huido ante la temeraria radicalidad del ambiente fue un obrero que le invitó a pasar la noche en su casa, pero Isidro decidió hospedarse en un “hotelucho del callejón del Espíritu Santo”. De aquí tuvo que salir en fuga, luego de que le avisaran que un grupo de soldados lo había ido a buscar a su casa materna de Atlacomulco y que traían varias órdenes de aprehensión contra él. Isidro huyó a Veracruz y logró subir a un barco francés que estaba anclado al muelle, con un nombre falso. Luego de una pequeña odisea en la que su padre, enterado de la historia y desesperado, iba tras de él, ambos terminaron en el barco y tuvieron que explicar al representante de la compañía naviera, “un señor apellidado Burbundare”, que los

venían siguiendo para matarlos. Una vez ocultos, llegaron al barco unos sicarios que se identificaron como maderistas, y que pedían al señor Burbundare hablar con el licenciado Fabela sobre asuntos políticos muy importantes, pero el agente les negó la entrada y rechazó que en el buque hubiera alguna persona con ese nombre. La suerte, aunque señalado y vulnerable, llevó a Isidro a Cuba, de ahí embarcó a Nueva York y luego se dirigió a Piedras Negras, Coahuila para respaldar al gobernador Pablo González.<sup>23</sup>

Su incondicionalidad a la democracia, su carrera de jurista y su facilidad como orador lo habían hecho sobresalir y convertirse en un personaje público. Apenas tenía treinta y un años cuando dejó su casa, las escuelas, los despachos y los curules para ir de país en país. En 1913 el general Venustiano Carranza lo nombró encargado de Relaciones Exteriores. Desde ese momento su vida giró entre Europa, Estados Unidos y América Latina. Desde ese momento su vida dejó huella en una prolífica correspondencia que guarda un mundo de notas manuscritas. Isidro fue quien respondió a todos los mensajes y negociaciones con el exterior, mientras que Carranza vinculaba al país de villas, poblados y rancherías, a través de las devastadas vías férreas<sup>24</sup> (figura 1).

“El 7 de enero de 1915”, expresó don Isidro, “fui por primera vez a Europa, desembarcando en Liverpool”.<sup>25</sup> Esta pequeña frase, acompañada de la conocida fotografía de don Isidro junto a su secretario, Álvaro Gaxiola, a bordo del *Lusitania*,<sup>26</sup> abre una ventana al mundo en el que crecieron aquellos hombres de letras, actores políticos y humanistas mexicanos. Isidro Fabela fue parte de esa generación acostumbrada a recorrer millas y nudos por tierra y mar. Para llegar a Europa en ese año, no había más que barcos, por lo que de antemano se sabía que pa-

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 66-73.

<sup>24</sup> Charles C. Cumberland, *La Revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, FCE, 1972, p. 265.

<sup>25</sup> Isidro Fabela, *op. cit.*, 1962, p. 47.

<sup>26</sup> *Cfr.* foto 42, en Isidro Fabela, *op. cit.*, 1994, p. 61.

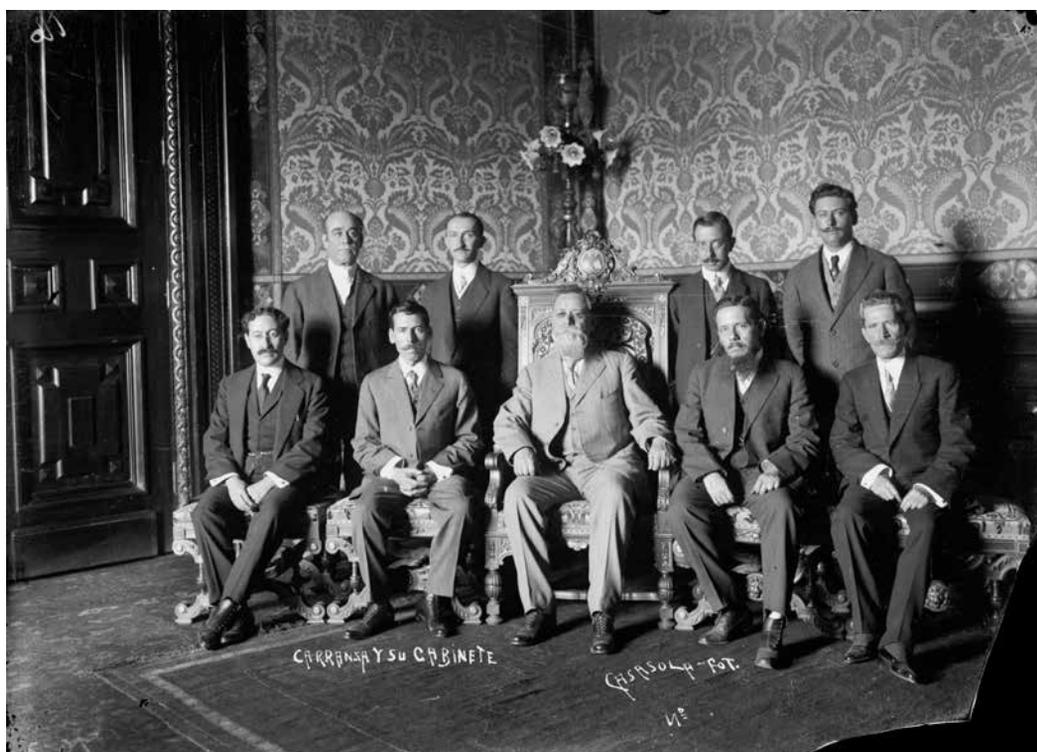


Figura 1. Venustiano Carranza y su gabinete presidencial. Fuente: © (39503), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

ra llegar al puerto de Veracruz a embarcarse, debían esperar un tren que con esfuerzos atravesaba cañadas, barrancas y túneles, y que las oscilaciones de las olas en altamar iban acompañados de libros, carpetas, tinteros, así como de una paciencia inherente a los tiempos que se vivían. A su regreso, “luego de casi año y medio de ejercer en labores diplomáticas en Europa (figura 2), fue comisionado para hacer la misma tarea en Sudamérica, donde Carranza era ampliamente reconocido”.<sup>27</sup>

En mayo de 1920, desde Alemania, Fabela protestó ante el Congreso de la Unión y la Suprema Corte de Justicia por el asesinato de Carranza. Así mismo, se negó a obedecer órdenes de Pablo González, quien en un comunicado le

informaba que había asumido la Presidencia, ordenándole que se contactara con Juan Sánchez Azcona, el nuevo secretario de Relaciones Exteriores, para hablar sobre su cargo como ministro. Fabela le contestó: “Es usted un soldado rebelde que ha hecho con el presidente Carranza lo mismo que hiciera el traidor Huerta con el presidente Madero. Absténgase de darme órdenes que no acataré”.<sup>28</sup>

El asesinato de Carranza provocó la renuncia de Isidro como ministro plenipotenciario, pero no de las letras, ni de callar su parecer en las cámaras. Después de ese suceso regresó un par de años a México, intentó ocupar el cargo de senador por su entidad federativa, pero la

<sup>27</sup> Fernando Serrano Migallón (sel., introd. y nota preliminar.), *Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, México, FCE, 2000, p. 25.

<sup>28</sup> Isidro Fabela dejó el cargo cuando Miguel Covarrubias, nuevo responsable de la diplomacia mexicana durante el gobierno de Adolfo de la Huerta, procedió a cesarlo el 1 de julio de 1920.



Figura 2. Isidro Fabela en compañía de Antonio de Zayas, duque de Amalfi y el embajador de España.  
Fuente: © (14865), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

condición humana lo lanzó de nuevo al extranjero, no sin antes dejar una huella en el ámbito público nacional, como diputado en la XXX Legislatura (1921-1923). La respuesta que dio a la petición diplomática de los estadounidenses, que exigían resarcir los bienes perdidos de sus ciudadanos en México, fue clara y certera. Estados Unidos de América presionó a través de su representante de Relaciones Exteriores en Washington, Albert B. Fall, para que México cumpliera “con sus obligaciones nacionales e internacionales”. Esto se traducía en que a los estadounidenses que vivían en México no se les debería aplicar los artículos 3, 27, 33 y 130 de la Constitución, ni las Leyes de Reforma, además de que se les deberían de pagar los daños que habían sufrido durante la Revolución. A cambio, ellos ofrecerían “ayudar al pueblo mexicano que está hambriento, sojuzgado y plagado de bandidos y subyugado de todas maneras”.

Todo ello con la amenaza, además, de que si no aceptábamos, el vecino del norte enviaría “una fuerza de policía, consistente en las fuerzas navales y militares” a México. Isidro Fabela no se dejó amedrentar y dio un golpe sorpresivo con su respuesta: “¿No sería conveniente que todo el mundo conociera esas inauditas pretensiones, como nuestra mejor defensa y para bochorno de Mr. Fall, que así entiende la libertad, la justicia y la independencia de las naciones?”<sup>29</sup>

En una postura de franco rechazo a la situación que reinaba en México, a la persecución política y a su derrota como candidato (pues se propuso como senador por su estado natal), Isidro decidió concentrarse en su formación y atender a sus sentimientos. Radicó por más de diez años fuera del país, pero en ese tiempo no dejó de es-

<sup>29</sup> Daniel Morales, “Todo un hombre, todo un escritor”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. II, pp. 444-445.

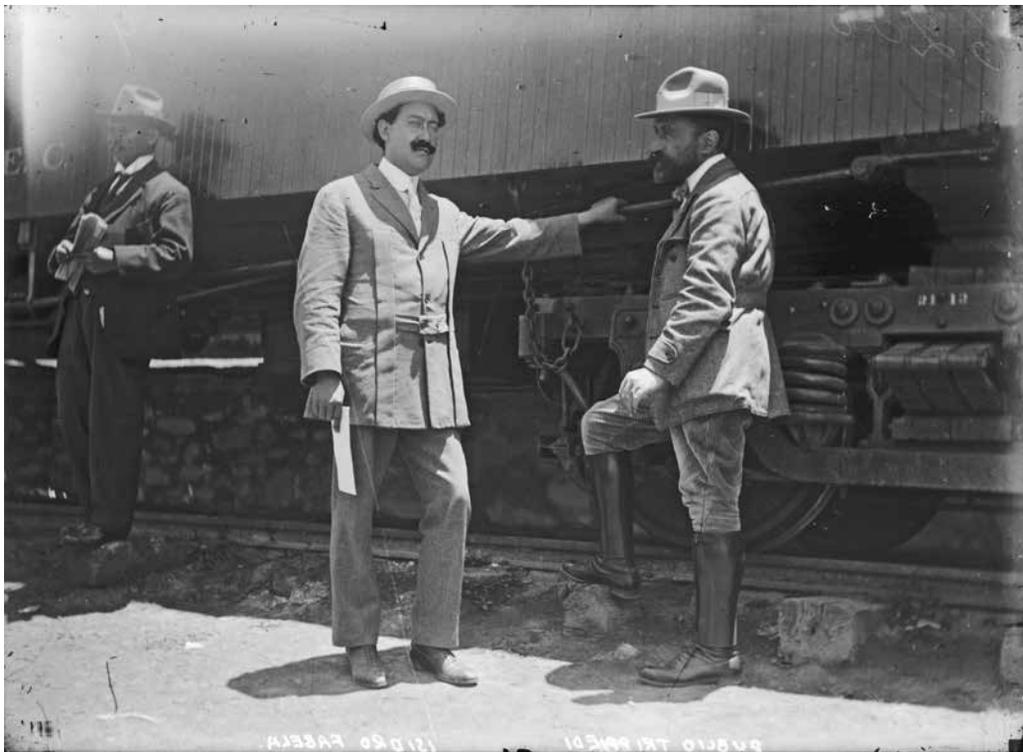


Figura 3. Isidro Fabela dialoga con Publio Trippiedi junto a un furgón.  
Fuente: © (32542), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

cribir en periódicos mexicanos, como el *Excelsior*, *El Diario de Yucatán* o *El Mundo*, entre otros.<sup>30</sup>

Luego de haber ocupado, hasta el 12 de julio de 1920, el cargo de ministro plenipotenciario en Alemania, su vida dio otro giro. Él y Josefina Eisenmann, una alemana de ascendencia latina a la que conoció en aquel país, decidieron casarse. Luego de la boda, “a la que asistió el cuerpo diplomático acreditado en Berlín”, decidió apartarse de la política. Su luna de miel fue un viaje en el tiempo a lo largo del río Rin y de los más de ocho siglos de historia de los castillos germánicos ubicados en su ribera: desde Colblentz hasta Colonia, pasando por Fráncfort, Heidelberg, Stolzenfels o Múnich, mil kilómetros de plazas medievales, iglesias románicas y viñedos ubicados desde los Alpes suizos hasta

el océano Atlántico, alejaron por un tiempo a Fabela del escenario de revueltas nacionales, hasta que un trasatlántico los llevó a Cuba para, de ahí, desembarcar en Veracruz.

La regularidad del ritmo marino y el roce de los metales sobre los rieles, acompañaron a Josefina e Isidro durante semanas antes de llegar a la tierra natal de Isidro. Y si la llegada al Estado de México sorprendió a quien décadas después reconocería como una de sus lumbreras, uno de sus hijos pródigos, la sorpresa de Josefina no fue menor al llegar a Atlacomulco. Todo se convirtió en un paisaje del mundo tradicional que se transmitía por medio de postales y narraciones de viajeros (figura 3).

Sus paisanos los recibieron con una “doble valla” de casi quinientos charros, que iba de “la estación del ferrocarril hasta la entrada del pueblo”. Todos ellos estaban vestidos con los mejores atuendos, como los que Isidro anheló

<sup>30</sup> Fernando Serrano Migallón, *op. cit.*, p. 26.

algún día tener, cuando fuera “charro”... “espuelas que sonaban ruidosamente en las baldosas, sillas vaqueras con chapetones plateados, reata en los tientos y cantinas bordadas, sombrero ancho de pelo fino, toquillas de oro, barboquejos bordados en la punta y largo hasta dar en la cadena del reloj, chapetones de plata, correas muy largas en los tientos, los estribos con tapaderas muy elegantes, fuste con ribete de plata en la cabeza, etcétera. Y así buscó a Catarino, “el mozo de estribo” de su padre”.<sup>31</sup>

Años más tarde Isidro se refirió al contraste entre la historia de México y la de Europa. Dirigiéndose a Josefina, “treinta y ocho años” después de su matrimonio, recordaba que cada pieza de la colección de arte, muebles y objetos antiguos que reunió a lo largo de su vida lo remitía a aquellas extrapolaciones culturales. El antiguo colaborador del Ateneo de la Juventud concentró su atención en la historia de la arquitectura colonial en descubrir la distribución de las casas coloniales, columnas y patios interiores, pasando por las parroquias, capillas, comida o vestimentas regionales.

Cuando llegaron a Atlacomulco —expresó Isidro, recordando el primer encuentro de Josefina con su tierra natal—, “te llevé de la mano a la vetusta casona que fuera para mí, hogar, templo y nido”, en el que sus recuerdos se traducían con la “magia que guardaban los objetos”. Isidro era un coleccionista nato que apreciaba como parte de su pasado todo cuanto contenía la “casa solariega de mis mayores”. Para él todo contenía historia. La manera en que escribió sobre aquellos objetos —desde baldosas hasta pretilos— es además un testimonio sobre las formas de vida y estilos de construcción que se perderían con el tiempo.<sup>32</sup>

Los recién casados llegaron a la casa en la que Isidro creció. La tía Josefita Vélez vivía ahí, pues había quedado como “la heredera” de la propiedad, que se hallaba intacta y amueblada casi como la dejaron cuando el padre de Isidro, “por allá del año de 1889”, decidió “dejar el pueblo”

para llevar a sus hijos a estudiar a la capital.<sup>33</sup> La casa de sus padres conservaba aun la sala con el “ajuar victoria” forrado de “brocado rosa y blanco”; a un lado las “mismas consolas negras con sus arbotantes dorados, igual el candil y alfombra así como aquellos grabados franceses con sus marcos dorados auténticos, traídos de Europa, que lucían en los sitios” donde sus padres los habían dejado antes de irse a México. Todo seguía en el mismo lugar, excepto “los retratos de los parientes íntimos” que referían a la genealogía familiar, así como el cuadro con el piano de cola Steinway en el que recordaba a su madre tocando y las “pajareras” con decenas de canarios que “eran la música cantarina” de su casa.<sup>34</sup>

Los siguientes años, mientras Isidro revivía los árboles de los que cortaba duraznos durante su niñez, amasó sus intereses políticos con la experiencia diplomática acumulada. Entre 1921 y 1929 se concentró en estudiar los principios de la Doctrina Monroe (en donde demuestra que no se trata de una doctrina, ni un principio jurídico, por no ser de interés universal); publicó *Los precursores de la diplomacia mexicana* (donde hace un recorrido histórico de los diplomáticos mexicanos), así como *Votos internacionales* (en que analizó los derechos de los ciudadanos extranjeros respecto a los daños de sus propiedades a consecuencia de la Revolución mexicana). Entre Estados Unidos, donde había vivido como exiliado; en París como intelectual o en Alemania como ministro plenipotenciario. Fue nombrado juez en la Comisión de Reclamaciones México-Italia justo en el año de la Gran Depresión.

Él fue uno de los mexicanos que radió los grandes eventos políticos mundiales del siglo XX: la Primera Guerra Mundial, la gran crisis, el periodo de los fascismos, la Guerra Civil española o la Segunda Guerra Mundial se le convirtieron en partes vitales de su vida. Para 1937, Lázaro Cárdenas nombró a Isidro Fabela representante de México ante la Liga de las Naciones en Ginebra. Este cargo se tradujo en defender al

<sup>31</sup> Isidro Fabela, “Autobiografía’...”, en *op. cit.*, pp. 24-28.

<sup>32</sup> *Ibidem*, pp. 23-26.

<sup>33</sup> Isidro Fabela, “Para ti amor mío”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. I, p. 55.

<sup>34</sup> *Idem*.

“único organismo destinado a instaurar la paz y la seguridad en el mundo”; mantener los ideales de cooperación internacional; sostener el principio de no intervención y defender a cualquier país de la agresión extranjera, como era el caso de Etiopía, que había sido invadido por Mussolini.

Fabela representó la crítica ante la Liga. Si México se apartaba “sería hacerles su juego a Hitler y a Mussolini y a todos los totalitarios que existen en Ginebra, los cuales se habrían regocijado ampliamente de vernos partir, limpiándonos nosotros mismos el camino de un obstáculo terco y molesto que les estorba: la presencia de México en Ginebra”.<sup>35</sup>

La vida como Ministro era singular. En la correspondencia desde Nueva Orleans con su “admirado artista y querido amigo” en 1939, describe cómo había sido su recorrido desde Ginebra. “Por fortuna ningún serio contratiempo tuvimos en el mar. Dos veces fuimos detenidos en nuestra ruta: primero, por buques de guerra franceses al salir de Nápoles y después por la Marina Británica del canal de Gibraltar, donde estuvimos parados trece horas. Después, magnífico tiempo hasta llegar a New York. De esta urbe nos venimos en auto hasta Birmingham para llegar aquí en tren hace unos diez días”. Y todavía después explicó que la siguiente semana irían a La Habana, donde dejarían a los niños con una mujer llamada familiarmente Lilly (de quien suponemos era la nana), para regresar por ellos un mes después. De ahí juntos, se irían todos a México para pasar ahí el mes de diciembre.<sup>36</sup>

Al terminar el periodo de guerra, México no sólo tenía un rango muy alto en términos de política democrática, sino que Isidro Fabela había madurado con la experiencia jurídica internacional y había sido ungido de reconocimiento a un grado tal, que cualquier decisión política mexicana que fuera tomada hacia el extranjero

<sup>35</sup> Cfr. Isidro Fabela, *Cartas al presidente Cárdenas*, México, Offset Altamira, 1947, p. 77; Gilberto Bosques, “Cárdenas y la República española”, en *Lázaro Cárdenas*, México, FCE (Testimonios del Fondo), 1975, pp. 14-15.

<sup>36</sup> AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, julio 18 de 1938, f. 12.

solicitaba su opinión. Esta autoridad, lo convirtió en un oráculo que aceptó y rechazó a la vez. Desde entonces, diversos políticos y figuras públicas lo consultaban para pedir su opinión: en su figura se cristalizó esa función singular del intelectual vinculado al poder y asesor de los políticos mexicanos. Se le consultaba tanto para cuestiones de economía exterior, como para proponer proyectos culturales, entregar premios, otorgar becas, aprobar inversiones, etcétera (figura 4).

Sin duda, cuando las cosas no iban por la mejor ruta, Isidro extrañó no estar en México. En 1938, en una carta dirigida a Carlos González Peña,<sup>37</sup> expresó que iría “de retorno a la patria, después de un año y medio de estancia en Europa [...] los tiempos para nosotros, sobre todo últimamente, han sido un poco duros y dos poco tristes: las enfermedades nos sitiaron a mi pobrecita Fina y a mí, al grado de vernos largo tiempo encerrados en nuestro cuarto de malaventurados pacientes. Ella tres meses, y yo cuatro, Josefina unas horas grave [...] mi adorada compañera, en esta vida que tanto amo [...] tiene un fibroma que pudo haberla arrebatado”.<sup>38</sup>

En 1940, mientras vivía en la casa del Risco en San Jacinto, Isidro seguía fungiendo como ministro ante la Sociedad de las Naciones, pero se le escuchaba cansado. Junto con su esposa Josefina añadía volúmenes a su biblioteca y ejemplares antiguos recolectados de bazares y subastas que nutrieron sus colecciones. En ese periodo adquirieron y restauraron la casa del siglo XVII, ubicada en San Ángel y sus intereses reunían su deseo de comprender el universo cultural y las raíces del pasado mexicano.

Comisionado por el presidente Cárdenas “con quien he estado colaborando en algunas cuestio-

<sup>37</sup> Carlos González Peña seguramente conoció a Isidro durante el tiempo del Ateneo de la Juventud. Él nació en 1885 en Lagos de Moreno y en 1902, con su familia, se mudó a la Ciudad de México. Escribió en una serie de periódicos desde 1904 hasta el día de su muerte, el 1 de agosto de 1955. Cfr. “Prólogo”, en Carlos González Peña, *Novelas y novelistas mexicanos. La crítica literaria en México*, México, UNAM / Universidad de Colima, 1987, pp. 7-8.

<sup>38</sup> AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, julio 18 de 1938, f. 13.



Figura 4. Manuel Ávila Camacho conversa con Isidro Fabela durante un acto.  
Fuente: © (14845), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

nes técnicas”, ya comenzaba a despedirse de la carrera diplomática. En una carta dirigida a don Timoteo Pérez Rubio en Río de Janeiro, Brasil, le cuenta que ellos están regular, porque “a Josefina la tengo con achaques provenientes de la aplicación de rayos X que le hicieron en Ginebra [...] No quiero seguir ya en la carrera diplomática, no porque a mí no me cuadre [...] pero Josefina está enferma y cansada de viajar. Además cada día se apega más a su tierra, a su casa y a sus gentes”.<sup>39</sup>

Dos años después era gobernador del Estado de México (figura 5), lugar al que hizo florecer ante gestos de sorpresa y agradecimiento de sus paisanos, pero la vida lo llevaría de nuevo a recorrer grandes distancias. Isidro se despidió nuevamente de su tierra natal, entre 1946 y 1951, para continuar en la política internacional, que parecía tenerlo siempre en la mira. Tenía sesenta y cinco años cuando aquellas

agitaciones políticas en tierras lejanas parecían serle insuficientes. Por esos años, en una de las cartas a Sara Ortiz Tirado, la viuda de Antonio Caso, le expresó que sentía “nostalgia de todo lo que es la Patria”.<sup>40</sup>

Las anécdotas que refieren a sus experiencias en el servicio exterior son numerosas. En sus eventos diplomáticos vertió su pasión por la historia, las narraciones de los cronistas, los descubrimientos o las aventuras del Quijote. En los homenajes organizados en el exterior así lo mostró: en Bélgica celebró a uno de los primeros franciscanos que llegaron al Nuevo Mundo, fray Pedro de Gante. El acto causó impresión, pues los franciscanos que resguardaban el convento del que había partido aquel evangelizador a la Nueva España, “habían volado en aviones sobre Gante para arrojar por todas partes volantes en que se invitaba a la población a participar”. Lle-

<sup>39</sup> AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, julio 18 de 1938, f. 10.

<sup>40</sup> Cfr. AHIF, IF\1.3-027, Correspondencia con Sara Ortiz Tirado, mayo 3 de 1948, f.4.



Figura 5. Isidro Fabela da lectura a su informe de Gobierno en el Estado de México.  
Fuente: © (226023), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

garon centenas, llamando la atención la “enorme multitud” que ocupó la *Place du Commerce*. Un desfile de escolares y profesores cargaron unos “grandes cartelones con frases alusivas a los méritos de fray Pedro en flamenco, francés, español e imágenes que lo representaban enseñando a leer a los indios [...] Los frailes franciscanos vestidos con hábitos como los que usó fray Pedro en el siglo XVI encabezaron un desfile al que seguían bandas de música y decenas de invitados, quienes, para sorpresa de Isidro Fabela, cantaban de manera inusitada el Himno Nacional Mexicano”.<sup>41</sup> Además de la política diplomática, participó en cuerpos colegiados vinculados a la creación de museos, sistemas de becas o rescate de acervos, como el que Carlos Obregón Santacilia narró, refiriéndose a la facilidad con la que Fabela negociaba: gracias a él, escribió, se “logró que la comisión formada por

todos los directores de los museos de Europa”, junto con el representante del Museo del Prado de Madrid regresaran gran parte del Tesoro Artístico del Museo, que había ido a dar a Suiza.<sup>42</sup>

Cuando Isidro Fabela decidió retirarse de la vida pública en 1952, lo hizo para desentrañar la inmensidad de sucesos que había coleccionado. Se propuso escribir sus numerosas obras de política exterior e historia, así como releer a autores que siempre le rodearon: José Ortega y Gasset, Miguel Cervantes de Saavedra, Miguel Hidalgo y Costilla o George Washington, entre muchos otros. Además, expresó, que a su edad debía dar un giro, pues en esos momentos de la vida, tal como expresó en un intercambio epistolar con Luis Cabrera, no tenía “ninguna ocupación más importante” que “contribuir a la historia de la Revolución”. A ello —respondió Cabrera— “un tiempo hay en que uno contribuye con su acción

<sup>41</sup> José de J. Núñez y Domínguez, “Isidro Fabela o la bondad”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. II, pp. 466-467.

<sup>42</sup> Carlos Obregón Santacilia, “Isidro Fabela”, en *ibidem*, p. 471.

a formar la historia, y otro tiempo viene [...] en que tiene uno el deber de escribir sobre los acontecimientos en que ha tomado parte”.<sup>43</sup>

Esto explica su acervo histórico. A lo largo de su deambular Isidro guardó registro de los lugares y situaciones por los que fue pisando; como coleccionador nato, conservó miles de testimonios a su paso. Su arte de coleccionista también fue advertido por los de su época. Varios testimonios guardan las palabras de quienes algún día fueron invitados a la casa de San Jacinto, donde vivió con Josefina y sus hijos adoptivos: las notas de Raúl Carrancá, uno de los muchos escritores invitados, narra cómo “antes de la cena, nos enseñó su casa”. Ese “monumento colonial”, la casa del Risco está “envuelta por un añejo siglo XVIII mexicano. Casa criolla, por sus muebles y su arquitectura. Lo español y lo nacional le dan el sabor de un noble y generoso vino. Don Isidro Fabela vive en muchas épocas, en muchos diferentes siglos. En El Risco se dan la mano todos los contrastes que hubo en el Renacimiento, en nuestra Colonia, en nuestro México indígena y mágico. Muebles con tapices que espolean la imaginación”.<sup>44</sup> De esa casa y de su gusto de ser anfitrión sabemos también por otro de sus invitados. Francisco Mancicidor, un escritor nacido en Atlacomulco, narra que al visitarlo, “don Isidro” siempre le “preguntó por Vicente, mi abuelo, y por mi madre y mis hermanas”. Con orgullo, añadió, que fue uno de los invitados que asistió “a la boda de su hijo Daniel con Etelvina”.<sup>45</sup>

Esta boda es otro de los capítulos que nos habla de la vida de Isidro. Cuando su hijo Daniel se casó, Isidro hizo circular entre los invitados una *plaque* elaborada con papel de fibra de algodón en la que escribió una carta a su hijo. En la melancolía de cada palabra, Isidro expresó cuánto extrañaría a su hijo, al tiempo que se enorgullecía de que hubiese optado por construir su propia

vida. Entre las frases de esa emotiva despedida, don Isidro expresó que ni él ni su esposa Josefina habían impuesto su voluntad, ni intervenido en su noviazgo: “Elegiste a tu prometida con libertad absoluta”.<sup>46</sup> O también “Ya te marchas, hijo mío. Siguiendo tu destino, te alejas de la casa paterna dejándonos en el ánimo una gran amargura, pero también un reconfortante consuelo”.<sup>47</sup>

Así mismo refirió una vez más, de frente, a la adopción de sus hijos. Y de esto sólo importa resaltar una cosa: el acto mismo. En ese contexto cultural en el que la infertilidad aún estaba ligada a un castigo del más allá, don Isidro y su esposa adoptaron a unos hermanos andaluces víctimas de la Guerra Civil española. En ese tiempo en el que frases que habrían podido entenderse como celebratorias o acusatorias —como la de “fue padre sin haberlo sido”—, él mostró el rostro, sin sentir deshonor ni esconder el orgullo de su decisión.

Sin titubeos expresó a Daniel: “Vas a ser el escultor de la carne y del alma de tus propios hijos. Por sólo eso serás más feliz que nosotros lo fuéramos contigo, porque nosotros no te vimos nacer [...] No tuvimos la gracia divina de escuchar tu primer grito cuando viniste al mundo [...] Desde entonces, Daniel, afiancé mi apego a la existencia al ilusionarme con que mi nombre se perpetuara en tus hijos”.<sup>48</sup> Fue claro y directo. Como un libro abierto al mundo narró que había adoptado a sus hijos cuando, de regreso de Ginebra, en la frontera franco-española, él y su esposa vieron “desde la ventanilla del tren” a una masa de españoles que huían de la persecución y entonces decidieron adoptarlos. Y tal cual se entregó a ellos. En la carta de su boda escribí “Por eso cuando llegaste a casa —¿sabes qué hicieron tu hermano Germán y tú? Abrirnos de par en par, con sus manecitas de niños huérfanos, una puerta que en nuestra vida estaba cerrada y que nos dejó absortos al descubrirnos el horizonte sublime de la

<sup>43</sup> Cfr. AHIF, IF\1.3-125, Correspondencia de Luis Cabrera Padre e Hijo, f. 51.

<sup>44</sup> Raúl Carrancá y Rivas, “Isidro Fabela”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. II, pp. 110-111.

<sup>45</sup> Francisco Mancicidor, *op. cit.*, p. 8.

<sup>46</sup> Isidro Fabela, “Carta a mi hijo Daniel”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. I, p. 47.

<sup>47</sup> Isidro Fabela, *Carta de Isidro Fabela a su hijo Daniel*, México, 8 de septiembre de 1951.

<sup>48</sup> *Idem.*

paternidad”.<sup>49</sup> Lo que don Isidro no sabía era que pocos años después Daniel, ese ser al que no vio nacer, del que no tuvo “la gracia divina de escuchar su primer grito”, se accidentaría y moriría en la carretera de Querétaro.<sup>50</sup>

Con la misma libertad que permitió a Daniel elegir a su pareja y expresar públicamente sus emociones, participó activamente en defensa de la autonomía universitaria. En alguna ocasión declaró: “En mi modesta vida pública quedará grabado de manera indeleble el recuerdo de aquel día”, refiriendo al momento en que se otorgó la soberanía a la Universidad. Esto se traducía para él en “libertad de acción y de pensamiento; de investigación y de libre cátedra; porque sólo al amparo de la libertad es posible que la cultura nazca, se desarrolle y progrese”.<sup>51</sup>

Esa libertad la practicó y la plasmó en sus letras. En uno de sus primeros cuentos, “La tristeza del amo”,<sup>52</sup> muestra cómo el dueño de la hacienda consciente de su vejez y cansancio, opta por decir adiós a los montes, barbechos húmedos y al “murmullo acariciador de los maizales”. En esa narración, don Rodrigo decidió vender lo que más amaba para no heredar e imponer a sus hijos algo que no les correspondía, que les era ajeno, porque a ellos no los había llamado “Dios por esta senda” de llanos y cementeras. El amo se despedía de lo que más quería a pesar de que podría haber obligado —como solía hacerse en la época en que escribió su cuento—, a sus hijos a hacerse cargo de la hacienda. Para Isidro Fabela, la voluntad propia, el libre pensamiento y la libertad de los otros eran principios contra el autoritarismo.

Alrededor de los años del matrimonio de su hijo Daniel, Isidro Fabela había escrito sin parar, de

una manera sorprendente. En 1952, durante los apenas seis años que tenía de haberse retirado de la política y vida pública, había amasado una parte de sus reflexiones, andanzas y experiencias en el mundo. Para 1958 ya se habían editado *La Conferencia de Caracas y la Actitud Anticomunista de México* (1954); *Los Estados Unidos y la América Latina* (1955); *La política internacional del presidente Cárdenas* (1955); *Las doctrinas Monroe y Drago* (1957); *Historia diplomática de la Revolución mexicana* (1958); *¡Pueblecito mío!* (1958), así como *Buena y mala vecindad* (1958).

Toda su actitud, hasta ese momento parecía haber sido una filosofía de vida, tal como lo muestra en sus notas sobre el que fue uno de sus libros de cabecera: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. No obstante, las siguientes décadas, por más que pretendió refugiarse en su escritura, la politiquería comenzó a devorarlo, a convertirlo en una opinión autorizada para aprobar o reprobar proyectos culturales. Isidro Fabela reclamaba la soberanía y el derecho a los espíritus libres. Desde el amo con su tristeza hasta su correspondencia, pasando por su crítica al intervencionismo estadounidense o sus narraciones escritas en las tardes grises de París, todo aparecía como una burbuja perseguida por años, tal como lo dejó ver en el homenaje a la revista *Cuadernos Americanos*: “Desde que se fundó el Ateneo de la Juventud —expresó Isidro— yo no tenía otra vocación que la literaria, sobre todo después que un cuento regional, con alma de mi solar natío, puso sobre mi frente un lauro que me hizo creer en mí mismo. Desde entonces no quería ser otra cosa que escritor, alimentando ese anhelo con un culto leal por la cultura”.<sup>53</sup>

Luego de su retiro de la vida pública, durante los años en los que decidió concentrarse a escribir, Isidro Fabela se convirtió en un consejero cultural de los distintos gobiernos en turno. Este cargo iba desde solicitar su firma para protestar sobre determinada situación, hasta cartas de agradecimiento por su apoyo en años anteriores,

<sup>49</sup> *Idem.*

<sup>50</sup> Iso Brante Schweide, “Isidro Fabela, caballero de la fe”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. II, p. 77.

<sup>51</sup> Luis Alfonso Guadarrama Rico, “Los horizontes que ofrece a la juventud la enseñanza superior no tienen límites, porque la cultura no los tiene: Fabela”, en *Velada Solemne al Lic. Isidro Fabela Alfaro...*, *op. cit.*, p. 15.

<sup>52</sup> Comenzó a escribir *La tristeza del amo* a los 23 años y terminó la obra a los 28; la primera edición fue en Madrid en 1915, a cargo de la Librería Viuda de Pueyo, *cfr.* R. E. Montes y Bradley, “El primer libro de Fabela”, en Baldomero Segura García, *op. cit.*, t. II, pp. 432-433.

<sup>53</sup> “Discurso de Isidro Fabela en el Homenaje a *Cuadernos Americanos*”, en Fernando Serrano Migallón (sel., introd. y nota preliminar.), *op. cit.*, p. 283.



Figura 6. Isidro Fabela frente a la fuente de la Casa del Risco, en San Ángel. Fuente: © (14858), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

pasando por la asistencia a inauguraciones o la creación de instituciones culturales.

En 1957 Diego Rivera se dirigió a él para pedirle que con “su voz —autorizada por su justa fama— refuerce el clamor para exigir a nombre de todo lo que en el mundo significa cultura, bienestar, belleza, alegría y paz, la suspensión inmediata de las pruebas de bombas atómicas termonucleares, pues la continuación de ellas no puede llevar sino a un final seguro: la guerra atómica general con la consiguiente destrucción humana en masa”.<sup>54</sup>

<sup>54</sup> AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, 25 de junio de 1957, México, f. 62.



Figura 7. Isidro Fabela y el general Melgar de pie frente a la fuente de la Casa del Risco. Fuente: © (14859), Secretaría de Cultura / INAH / Sinafo / FN. Reproducción autorizada por el INAH.

Rodolfo Usigli, años después de haber recibido apoyo para su obra *El gesticulador*, todavía agradecía a Fabela. Cuando Usigli se hallaba como embajador en Beirut, le pidió apoyar ante el presidente López Mateos el cambio de su plaza a algún país que le “permitiera llevar adelante su obra dramática literaria”, en alguna “capital europea de idioma accesible y con teatro activo en la que pueda buscar un camino para mis obras”.<sup>55</sup>

<sup>55</sup> En ese momento las obras de Usigli habían sido traducidas a varios idiomas, entre ellas el polaco, pero quería llegar a Broadway, desde París, Londres, Roma, Viena o Atenas. Por otro lado, Usigli comentaba que Stravinsky estaba interesado en hacer una “ópera con mi Corona de

En abril de 1960 Rafael Solana le solicitó ser jurado en los premios que la Secretaría de Educación Pública otorgaba a la mejor biografía de Venustiano Carranza y en esa misma década, Jesús Silva Herzog le escribió pidiendo “ayuda de sus amigos” para continuar con el proyecto de la revista *Cuadernos Americanos*, recordándole “renovar su suscripción”.<sup>56</sup>

Desde su retiro intelectual también mantuvo correspondencia con el *Dr. Atl* —a quien Isidro se refería como “el poeta del árbol y la piedra; el contemplativo romántico del valle de México [...] el genio de nuestra fuerza telúrica”. En una de sus cartas aceptó “gustosamente” que le hiciera el retrato que le “ofreció espontáneamente”, cuadro que —añadía Isidro— “colocaría en la pinacoteca de la casa del Risco que he donado a la nación con todas sus pertenencias por medio de un fideicomiso que constituí con el Banco de México”.<sup>57</sup> De su placer de vivir aislado derivaba su búsqueda por comprender los sacudimientos de su vida. En esas correspondencias mencionó su pasión por recopilar los documentos sobre la Revolución mexicana: se conformaría “de varios tomos” y sería “la mejor fuente para los investigadores e historiadores de la Revolución mexicana, por el gran acervo de documentos auténticos”.<sup>58</sup>

En 1963, cuando Isidro tenía 81 años, inauguraba su Casa del Risco, ahora como institución cultural, para anunciar su retiro a Cuernavaca. En la casa de San Ángel quedó plasmada toda su trayectoria. Esas cosas que “tienen alma en su materia”, esas pinturas y esos libros a los que al-

gún día alguien “puso en ellos el espíritu”, como pensaba Isidro, quedarían en herencia a “quien tanto amamos: al pueblo mexicano”. Esa, que había sido su vivienda, guardaba todo lo que coleccionó a su paso, pero él había decidido dejar aquello como su legado. Su biblioteca, pinacoteca y la fuente monumental del siglo XVII —que él y Josefina restauraron trayendo piezas de loza original, como las que algún día llegaron a México en la antigua Nao de China—, quedarían abiertas para otros aventureros (figuras 6 y 7).

Isidro sabía que después de esos trotes sin descanso, como su señor, Don Quijote —libro que, al decir de sus conocidos, portaba siempre bajo el brazo—, habría tiempo para otras cosas. Alejado de las peticiones, consciente de que el silencio era el mejor aliado de sus escritos y de que la adrenalina política pertenecía a su pasado, Isidro Fabela resistió las marchas hasta sus últimos días. En su casa de Cuernavaca, “iniciaba su jornada muy temprano en la mañana, yendo a la cocina a prepararse un café y después al despacho para escribir”. Se mantuvo en esa pasión crítica hasta “una noche de agosto de 1964”, cuando se despidió como de costumbre e inició el viaje más largo” de su vida,<sup>59</sup> el viaje que lo convertiría no sólo en testigo de una época, sino en un eterno viajero, homenajeado con loas no pocas veces presuntuosas que seguramente él habría rechazado. Hoy día su biografía rebelde, erudita, de resistencia y acción —revelando la función social de la historia—, ha servido como resguardo incluso de quienes en aquel tiempo eran sus detractores.<sup>60</sup>

Sombra...”. *Cfr.* AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, Beirut, 27 de diciembre de 1961, fs. 27-28.

<sup>56</sup> AHIF, IF\1.3-208, Correspondencia con Jesús Silva Herzog, 18 de noviembre de 1950, f. 2.

<sup>57</sup> AHIF, IF-I.3-205, Correspondencia con Gerardo Muriello —*Doctor Atl*—, 18 de febrero de 1961, f. 5.

<sup>58</sup> Isidro describía con estos atributos a varios pintores mexicanos. A Clausell le atribuyó “una potencia visual que se enamora del color con religiosidad mística. Sobre todo del verde”. Los paisajes de Argüelles Bringas “conjugan dos bellezas supremas: el agua y arbolada. Las junta para que se miren entre sí...”. *Cfr.* AHIF, IF-I.3-136, Correspondencia con artistas, Cuernavaca, 18 de febrero de 1961, fs. 5-6 y 12-21.

<sup>59</sup> Modesto Seara Vázquez, “Prólogo”, en Fernando Serrano Migallón (sel., introd. y nota preliminar.), *op. cit.*, p. 9.

<sup>60</sup> La biografía de Isidro Fabela obliga a un estudio historiográfico. Queda pendiente analizar la función social de los numerosos homenajes y discursos que se le han dedicado. *Cfr.* Acervo Isidro Fabela, “Artículos sobre homenajes a Isidro Fabela”, Banco de México [Fiduciario en el Fideicomiso Isidro Fabela].